

GINER DE LOS RÍOS, FRANCISCO (1839 - 1915)

LA JUVENTUD Y EL MOVIMIENTO SOCIAL

I

En pocos períodos de nuestra vida contemporánea habrá hecho alimentar la juventud tan consoladoras esperanzas como durante los últimos diez años que preceden a la Revolución de Septiembre. Menospreciando abochornada a aquellos de sus miembros que, apenas salidos de las aulas y tras de cursar el breve aprendizaje de la política militante, ya en la imprenta diaria, ya en las oficinas del Estado, ya en la clientela de los personajes influyentes, hasta asimilarse con servil docilidad las costumbres de los partidos gobernantes, lograban un puesto entre los hombres descreídos y audaces que luchaban por la posesión del Poder; apartada de estos hombres, rehuyendo toda complicidad con ellos, encerrada en un silencio grave, semejaba disponerse en la austera educación de todas sus fuerzas vivas para el momento fácil de prever en que la nación, indignada al parecer contra las viejas cosas, hastiada en realidad -como luego hemos visto- sólo de los vicios nombres, buscarse en la nueva generación los campeones de su honor y su libertad: en aquella generación hacia la cual por entonces convergían todas las miradas de nuestros pensadores. Y así, al contemplar ese creciente alejamiento de nuestra juventud podía exclamar el señor Ríos Rosas en 1863, increpando a los partidos medios: «No tenéis la juventud; os abandona y hace bien, porque no la enseñáis, porque no la guiáis, porque no comprendéis, porque os morís, ya que comprender o morir es la suerte de nuestro siglo.»

Pero se consumó la Revolución de Septiembre. Cayó el antiguo régimen; desaparecieron con él casi todos los hombres que, con lealtad algunos, con infidelidad otros, con ceguedad los más, todos con el egoísmo de su partido o su persona, no habían servido sino para prolongar su miserable agonía; proclamáronse sobre aquellas ruinas aparentes los principios que -con razón o sin ella- constituyen el derecho contemporáneo: la libertad religiosa, de enseñanza, de imprenta; la inviolabilidad del domicilio, la seguridad personal, la abolición de la pena de muerte, de la esclavitud, de las quintas, de los monopolios oficiales; el sufragio universal, el Jurado, la inamovilidad judicial, la elección popular para ambas Cámaras... Proyectáronse las bases de una renovación total; en fin, comenzó a latir la vida en las secas venas de este atormentado cuerpo; abriéronse todos los espíritus, sin distinción de ideas, a la risueña esperanza de sucesos mejores; y los hombres nuevos, surgiendo al cabo de la honrada penumbra de su ostracismo y viniendo a la clara luz del día en medio de este radiante cortejo, borraron por el pronto hasta la dolorosa memoria de los que parecían haberse llevado consigo y para siempre el germen de todas las corrupciones que antes envenenaban la sociedad y el Estado. Pasó el primer momento del noble y puro entusiasmo y llegó la hora de condensar reflexivamente el clamor unánime de la nación. ¿Qué hicieron esos hombres nuevos? ¿Qué ha hecho esa

juventud? ¡Qué ha hecho! Respondan por nosotros el desencanto del espíritu público, el indiferente apartamiento de todas las clases, la sorda desesperación de todos los oprimidos, la hostilidad creciente de todos los instintos generosos. Ha afirmado principios en la legislación y violado esos principios en la práctica; ha proclamado la libertad y ejercido la tiranía; ha consignado la igualdad y erigido en ley universal el privilegio; ha pedido lealtad y vive en el perjurio; ha abominado de todas las vetustas iniquidades y sólo de ellas se alimenta. Y como no podía menos de acontecer con tal conducta, ha lanzado a la insurrección a todos los partidos ajenos a la distribución del botín; ha desdeñado a los proletarios y atemorizado a los ricos; ha humillado a los racionalistas y ultrajado a la Iglesia; ha dado la razón a los esclavistas y a los negros, y se ha captado la antipatía de liberales y conservadores, de los hombres ilustrados y del vulgo. Evitemos, no obstante, hacernos eco de las inhumanas acusaciones con que pretende infamar a esos hombres el amargo rencor de tanta ilusión cruelmente defraudada. En general, su conducta ha sido la que debía esperarse de todos los precedentes y de todas las circunstancias individuales y sociales de su obra. La incultura del espíritu patrio, si no era obstáculo a la edificación sistemática de una nueva vida, tampoco la estimulaba a lo menos con su enérgica vigilancia; antes, por el contrario, había de favorecer con su inercia el regreso al antiguo camino: porque una experiencia dolorosa comprueba cada día más el principio incontestable de que sólo la lenta y varonil educación interior de los pueblos puede dar seguro auxilio a la iniciativa de sus individualidades superiores y firme base a la regeneración positiva y real de sus instituciones sociales. En cuanto a los que el ministerio de las circunstancias al par que sus propios merecimientos llamaban a tomar sobre sí la grave responsabilidad de dirigir la solución de una crisis tan desprevenidamente procurada, ¿qué habían de hacer? ¿Podían servir de intérpretes a las confusas aspiraciones, no de un partido, sino del espíritu nacional entero, que nada menos reclamaba la común necesidad? Aislados del sordo movimiento interior de las clases; faltos de principios claros y definidos, de convicciones lentamente formadas en severos estudios; tan notoriamente inferiores en este respecto a las eminencias de los antiguos partidos cuanto les excedían en la riqueza y amplitud del presentimiento; incapaces de fundar sobre este suelo movedizo del entendimiento y la fantasía cosa alguna sólida y duradera, una fuerza invencible les arrastraba cada vez con mayor violencia a componer y remozar en su provecho los mismos principios gubernamentales que un tiempo execraran, lejos de poner los cimientos de la construcción cuyo plan y cuyas primeras bases apenas se revelaban a su inteligencia en el crepúsculo de una luz dudosa.

De esta mezcla inconsciente de lo antiguo y lo nuevo, firmemente consolidado aquello por una práctica arraigada y privado esto de la única autoridad que puede luchar con la rutinaria experiencia y vencerla, la autoridad de la razón reflexiva; de ésta como reacción química donde, las más veces sin saberlo, se fundían principios extremadamente heterogéneos y discordes, nació la Constitución vigente, a trechos inspirada por instituciones luminosas, a trechos, por ejemplo, en otras Constituciones análogas, pero en lo capital hija fiel de la de 1845, una de las que más al vivo representan el contradictorio sentido del régimen doctrinario. Cuántas ruinas se hayan utilizado en esta verdadera reconstrucción dígalos todo el que considere atento la obra informe donde, después de poner a contribución la experiencia y las instituciones de los pueblos más cultos, resulta

casi siempre eclipsado el oscuro espíritu de los demócratas por las hábiles afirmaciones de los conservadores: matrimonio de conveniencia entre ideas antagónicas, intenta sustituir con una transacción empírica la fecunda neutralidad del derecho, bajo cuyo patrocinio todos los partidos y los hombres de honor se tenderían fraternalmente la mano. Y el pueblo entero, educado como sus gobernantes en principios hartos diversos de los que proclama, sin atinar a entenderlos y asimilárselos, coopera por su parte con eficacia poderosa a esa mixtificación, inocente en su origen y cuyo empuje ayuda a acelerar intereses subalternos. Ante el espectáculo de tanta frustrada tentativa en que se consume la juventud de ayer, en medio de su decaimiento y del decaimiento general de los ánimos; sintiendo la radical impotencia de toda esta medicina empírica para sanar la sociedad y el Estado, gravemente heridos en todos sus centros vitales; hostigada por las angustias de la patria, llama con imperio, atormentada, impaciente, la juventud de hoy a las puertas del Poder, que pide para sí con apremiante altanería. No hay tregua entre ella y los partidos gobernantes. Para éstos la sociedad presente, en general, como en especial sus instituciones políticas, descansan sobre principios saludables cuya grandeza no bastan a afear y menos a desmentir perturbaciones aisladas y vicios de poca monta, en vano exagerados por un pesimismo misantrópico, y para concluir con los cuales sólo se requiere desenvolver en toda su amplitud esos mismos principios hasta borrar los lunares que hayan podido deslizarse en el pormenor secundario de la obra. Los conceptos reinantes de la vida y el destino humanos, de la sociedad, el Estado y el derecho; las reglas habituales de conducta de los individuos y de los pueblos entre sí, de las clases, las escuelas, los Gobiernos; el ideal, en suma, que persigue el mundo contemporáneo, todo se halla en lo esencial enteramente sano a sus ojos. Cuantos partidos alternan en el Poder convienen en esta afirmación; los que desean que el desarrollo del régimen actual se acelere, como los que pretenden refrenarlo, creyendo imprudente y peligrosa tal premura. Semejante concierto entusiasta en honor del siglo mal puede satisfacer a una juventud que, libre de la inocente ceguera del hábito, siente vivo aún en su fantasía el divino estímulo de las ideas a cuya luz contempla asombrada esa apoteosis del statu quo. Si en todos tiempos el espíritu joven, mientras con más generoso optimismo se da a trazar planes para lo porvenir, muestra mayor severidad hacia el presente; si en este respecto el lema ambicioso de toda juventud enérgica será siempre destruam et aedificabo, ¿quién podrá extrañar que la irrefragable necesidad de una transformación íntima y profunda en todos los órdenes sociales y la nulidad patente de los tópicos al uso remueva en sus entrañas a la joven generación, empuje fuera del camino trillado a todas sus inteligencias pensadoras y a todos sus corazones fervientes, y no deje para renovar y sostener la vulgar falange de los glorificadores de nuestro tiempo más que a los tibios, los ignorantes, los apocados, a todo el lastre, en fin, de las nulidades y las medianías?

II

Cierto: la sociedad padece hoy gravísima dolencia. No son las aprensiones livianas de unos cuantos espíritus exaltados sino sus propios y verdaderos dolores lo que causa su angustioso malestar. Presa de la voluntad arbitraria que pone su mandato sobre el de la razón, la consiguiente lucha de todos los elementos de la vida, creencias, principios,

clases, instituciones, intereses, mantiene una hostilidad radical entre los hombres, pagados cada cual de su persona y consumidos por la pasión egoísta y desenfrenada de su propio triunfo o, cuando más, del triunfo de su idea, que ama, no a título de verdadera, sino de propia. Así se comprende que toda la aspiración del liberalismo reinante se haya reducido a establecer los medios más eficaces para asegurarse en la vida del Estado no el imperio de la razón, sino el de la mera voluntad social, o más bien el de la voluntad de la mayoría, cuyo despotismo ofende con tan doloroso menosprecio el derecho de las minorías y la dignidad moral humana. Y en esta división e irreconciliable enemiga de los opuestos bandos, todos igualmente aferrados a un intolerante dogmatismo que siente el peligro mortal de verse emplazado ante la conciencia y pide a la fe ciega la única adhesión que puede hacerle prolongar sus días, la unidad ética, la virtud interior, la sosegada armonía que falta a la vida social, es reemplazada por la fuerza material y externa que para todas las escuelas reinantes toma el lugar del derecho y a la cual se encomienda impedir o retardar al menos una disolución inminente. La sed de nombradía, de poder, de fortuna, de cuanto contribuye a aumentar los goces del sentido y a engrandecer por fuera y ante los demás a la persona; la santificación de los medios más inicuos para este inicuo fin: tales son los resortes que lanzan hoy la actividad humana a sus ruidosas empresas. Y este espíritu se muestra en la esfera científica, ahogada por la rivalidad de las escuelas y de los mal llamados sabios; como en la industrial y económica, víctima de esa recíproca explotación que decora el sarcástico nombre de libre competencia; y en la íntima división de la conciencia individual, donde riñen angustiosa lucha todas las contradicciones; y en el trato y usos de la sociedad, cuya ley es el homo hominis lupus; y en las relaciones internacionales, gobernadas por las más indignas máximas; y en la moralidad, corrompida entre el aplauso y la befa de todas las clases y estados; y en la vida religiosa, descendida a profundidades de impiedad y de degradación que no osa medir el ojo amedrentado del hombre de bien; y en el bello arte, la poesía, la novela, el teatro, la música, la arquitectura, la pintura, la estatuaria, todas, todas arrastrándose serviles y sin idea para enervar la vida con el postizo recreo de una ornamentación sensual vendida a peso de oro; y en el derecho y la política, en fin, espejo ustorio donde esas vibraciones de un éter impalpable que penetra y corroe todos los ámbitos de la sociedad se condensan fatalmente para abrasar al mundo en un incendio de catástrofes y miserias.

Esta lucha mortal, esta anarquía, anublan en los más de los espíritus la divina luz de la razón y extienden sobre ellos la noche sin estrellas de un descreimiento pasivo, helado, inerte, contra el cual en vano se apela a transacciones empíricas entre el bien y el mal para enlucir con algunas apariencias este universal cementerio donde se disuelven átomo por átomo todas las ideas y los sentimientos generosos.

Es la historia de todas las decadencias, mejor diremos, de todas las agonías. Cada civilización, al igual de cada hombre y aun de cada ser individual en el mundo, desde el sol a la más humilde hierba del campo, nace, crece hasta florecer en la plenitud de sus cualidades; decrece luego más o menos rápidamente y se extingue, cediendo al nuevo ideal que ha de desarrollar a su vez, hasta agotarse en fases análogas, la espléndida misión para que viene apercebida de lo alto. Así cumplen la ley de su destino las generaciones, corriendo de unas a otras un reguero de luz cada vez más encendida: quasi

cursores vitae lampada tradunt. Así, el calor de los hombres por una idea no se apaga hasta que su heredera comienza a alborear; y la vida renace sin fin del seno mismo de la muerte. Y sobre este drama infinito, cuyos episodios, aquí o ahora gloriosos, allá o luego terribles o vulgares, coexisten en la inmensidad del Universo, Dios vela por cada hombre y le advierte y corrige; y el Espíritu, la Naturaleza y la Humanidad le asisten con las inaccesibles fuerzas de su juventud perenne. La sociedad inaugurada en el Renacimiento, sociedad esencialmente sincrética (que no sintética), como la Edad Media había sido por demás analítica, después de haber llegado a su apogeo y consumido su ideal se acerca hoy a su término, mediante una transición apenas perceptible para nosotros, que -como ha dicho un pensador- «somos de ella actores, víctimas y testigos». Y esta decadencia y ruina, cuyos primeros pasos marcan las revoluciones que se inician en el pasado siglo, y bajo cuyo peso van flaqueando y desplomándose una a una todas las endeble construcciones a que los empíricos y charlatanes apelan para remediarla, no se verifica hoy suavemente, como vienen la vejez y la muerte del justo, bajo la firme convicción de una mejor vida, cuya aurora puede ya presentir desde el ocaso de la que entonces abandona, sino que la sacuden y afligen, como al hombre mundano en sus postrimerías, la turbación del remordimiento y el terror a lo desconocido, la desesperación por los bienes que pierde y la ira y los lamentos, que sólo consiguen hacer más dolorosa la agonía y la transformación más difícil. ¡Oh, y cómo muestra este orden social su inseguridad y su descreimiento, y lo muestra la clase media, su más fiel representante, en la tenaz adhesión con que se aferra a todas sus instituciones, cuyas bases temporales ve minar aterrada, y en el estigma de una execración implacable con que sella a cuantos no consienten en proclamar sacrosantas, inviolables y eternas esta virtud hipócrita y postiza, y esta ciencia indigesta, amontonada para lograr mejor precio en el mercado, y estas fortunas pletóricas, y este fausto insolente, y esta orgía constante, y esta calentura del vivir aprisa, cuyas tremendas pulsaciones no arrancan sino gritos de júbilo a nuestras modernas Babilonias!.

III

Tal es el espectáculo que halla ante sus ojos hoy la juventud. ¡Y aun hay quien se atreve a exigirle en nombre del orden social, es decir, de este orden social, que por lo menos deje en paz a la injusticia y al crimen, cuando no que siga su desbordada corriente! ¡Prudentes consejos de la experiencia! Con ellos la envenenan hombres que dicen interesarse por su bien, siendo así que no buscan las más veces sino cómplices y encubridores para sus extravíos. De la familia, que Dios hizo el primer santuario de la virtud, han hecho esos hombres la primera escuela de la prostitución, construida por la conveniencia, atada exteriormente por el bien parecer, disuelta en realidad por la corrupción y el hastío. La leche de la madre es ya dañosa; las lecciones con que comienza a formarse el corazón del niño son de hipocresía, de afeminación, de envidia, de vulgaridad, de codicia; y al salir, ya joven, a la escena más ancha del mundo, erizada de peligros y de tentaciones, escuchará sonrojado de los labios paternos que debe ser antes apóstata que mártir, y una mano idolatrada escribirá en su escudo: ¡Va quibuscumque viis! No es éste, en verdad, el siglo de la madre de los Macabeos. La juventud vacila; no siempre cae. La fuerza secreta del porvenir late en su seno. Los más se estrujan el corazón hasta dejarlo seco; pero los

mejores presienten bien, sin comprenderlo, que no es su destino consolidar y explotar la injusticia, sino arrancarla de cuajo. Huyen avergonzados del miserable sosiego a que se les incita y lánzase a la lucha, ley inexorable para el bueno en estos tiempos crueles, sobre cuya mole ruinosa quisieran amontonar la indignación de Isaías, de Juvenal, de Dante, para dar de una vez con ella en tierra. Todos los lamentos, aun los más pueriles; todas las maldiciones, aun las más inhumanas; todas las utopías, aun las más absurdas, hallan en sus almas un eco de simpatía, mayor a medida que es más profunda la hostilidad que las voces de ese lúgubre concierto respiran contra lo que les rodea. Así, en la política desdeñan a cuantos les ofrecen coronar con prudentes reformas el sistema del liberalismo, ora -como los republicanos templados- favoreciendo el desarrollo de sus bases, ora conteniéndolas y aun reprimiéndolas, como los partidos conservadores, y no otorgan su benevolencia sino a aquellos que juran destruir en sus cimientos el Estado contemporáneo. Así, en la religión tampoco hallan consuelo sino declarando la guerra a Dios o al mundo y repugnando virilmente esas frágiles transacciones con que se aquietan las conciencias acomodaticias para no perder la bienaventuranza en la otra vida y en ésta. Y sobre los escombros de lo presente ellos prometen a las generaciones aterradas levantar la Jerusalén del porvenir, el más bello y sólido edificio que pudo soñar la fantasía. Toda esa indignación que amedrenta a los crédulos; todas esas bellas promesas que despiertan en el ánimo el presentimiento de obras más bellas aún, ¿qué valen ante la serena contemplación imparcial del espíritu?

El hecho de la vida, en la delicadeza de su continua transición, pide siempre dos condiciones irremisibles: saber, ante todo, a qué objeto y fin hemos de dirigir nuestra actividad, y saber luego realizar este fin aplicando nuestras varias facultades. Lo primero es asunto de teoría, de conocimiento. lo segundo, de habilidad práctica, de arte. Ahora bien; ¿qué hace la juventud actual para resolver cada uno de estos dos fundamentales problemas, de cuya acertada solución y recíproca armonía pende la salud del individuo como de las sociedades y cuyo desconcierto es y será siempre en la Historia la primera causa de todas las dolencias espirituales de entrambos? ¿Ha procurado, antes de romper los diques del hogar y la escuela y lanzarse a velas desplegadas en el torbellino de la vida común, ha procurado, digo, limpiar su ánimo de las contrarias preocupaciones que lo enturbian, acallar en él con firmeza el eco de las pasiones del siglo, levantarse sobre la pequeñez de los intereses subalternos, sobremirar serena su horizonte y, entonces, recogiendo en una meditación solemne, preguntar lealmente a su conciencia el divino misterio de los mundos y el destino de la Humanidad? ¿Ha intentado, en un severo examen de su propia naturaleza, hallar los primeros elementos y las bases inmediatas de las instituciones, formar claro concepto de cada una de ellas y de la trama en que todas se entretejen, y templar en su vista el diapasón eterno a que ha de consonar su actitud y fuerza? Y viniendo luego a la obra que realiza nuestro tiempo, ¿se ha movido a descifrar, en medio de la infinita complicación con que envuelve sus líneas el accidente, sus caracteres distintivos, sus antecedentes esenciales, sus progresos y sus retropulsiones, el bien que cumple y el que deja de cumplir, y a hallar entre las sinuosidades de su corriente el punto crítico donde comienza a desviarse de su natural dirección hasta detener poco a poco sus perezosas aguas que acaban por estancarse y corromperse? ¿Ha estudiado con atención religiosa los medios que la libertad moral del hombre tiene hoy como siempre en su mano para hacer que esta edad moribunda, convirtiendo al ideal sus apagados ojos,

vuelva en su acuerdo, se purifique de sus extravíos, sea fiel a la misión que toda la historia anterior le prepara y, penetrada del presentimiento siquiera de una nueva y mejor vida, se disponga sin desesperación y sin remordimientos a una muerte serena que iluminan promesas celestiales? Y, por último, así orientada en el plan racional a que ha de ajustar inflexiblemente su conducta todo hombre de honor, ¿lo pone por obra con abnegación y sacrificio, con respeto a cosas y personas, con amor universal humano, con pureza de corazón y voluntad moral inquebrantables? Nadie negará seguramente que de estas prendas se hallan raros ejemplos en nuestra juventud, cuya situación tan sombríos presentimientos comienza a despertar en sus progenitores, arrebatándoles su mayor consuelo y esperanza. Ninguno la ama y respeta más que quien a ella ha consagrado resueltamente su vida; pero no es respeto la lisonja, ni odio la censura leal. Una voz augusta lo ha dicho: sólo la verdad nos hará libres. En general, las nobles exigencias en cuyo nombre condena ya la nueva generación a la sociedad presente no alcanzan -triste es decirlo- a modelar su conducta. Debiera enseñar a esta sociedad decaída cómo se forman convicciones inflexibles, no teorizando los lugares comunes de los salones o de la plaza pública -que todo es uno-, sino educando laboriosamente el pensamiento en el rigor de la conciencia científica; pero la ciencia de que se paga es sólo un cúmulo indisciplinado de ideas sin consistencia, inspiradas por lecturas y conversaciones superficiales. Le urge tanto lanzarse a la corriente que no puede detenerse a reflexionar cómo ha de hacerlo. Debiera levantarse sobre la división de las parcialidades históricas a la unidad fundamental de que blasfeman sin conseguir borrarla, porque es fiel testimonio de la identidad de nuestra naturaleza, que no disolverán jamás todas las malquerencias juntas de las comuniones religiosas, científicas, políticas, sociales; pero tomando, sin discreción, por nulidad la modestia, por descreimiento la caridad y por impotencia la mansedumbre, sólo acierta a ahondar la discordia, alistándose alegre en ella con precocidad abortiva. Y consumiéndose estérilmente en contiendas innobles, al dócil servicio de opuestos bandos, deja que explote y pervierta su natural vehemencia una turba aduladora, ofreciéndole partir con ella el premio de victorias que no pueden menos de entristecerla y humillarla en sus adentros. He aquí por qué, mientras nuestra juventud no se decida a rendir en el altar de la patria la esperanza de sus medros personales, todos los planes de reforma social, imposibles sin su cooperación, serán ilusorios y frustráneos. En tanto, por más alto que pretenda alzar el vuelo, una inercia invencible la encadenará perpetuamente a la rutina. En vano clamará contra las frívolas opulencias que enervan la vida contemporánea, para correr sedienta después tras la riqueza, el poder, los honores, la gloria, los goces, en fin, que incitan la envidia de los menesterosos, causa de las severas diatribas de más de un cáustico censor, dispuesto a transigir con su conciencia al primer favor de la fortuna. La dureza de su fallo contra sus predecesores no logrará disimular la indulgente misericordia con que a sí propia se trata cuando, hastiada de velar bajo el manto de Catón las ansias de Sardanápalo, rompe ya todo freno y se lanza desesperada a la carrera. Las románticas visiones de una fantasía vulgar, que hiere las cuerdas del sentido y deja mudas las del corazón, son entonces su única delicia; todos los tesoros de poesía que encierra la vida real le parecen mustios y sin encanto; fría la reflexión, árido el pensamiento, necio el sacrificio, enfadoso el consejo, insoportable la censura, y sólo grata la lisonja servil que toma el disfraz de la amistad para prestar al vicio su indigna complacencia. Educada en la apostasía, no se contenta con la negación de Pedro si no la acompaña con la traición de Judas; y al sentir el acicate del remordimiento ahogará su

vergüenza en un vértigo despeñado, emulando la vida del bruto, más libre a sus ojos en las selvas que el hombre bajo el yugo de la razón. Nobleza en los fines, honradez en los medios, desinterés en lo móviles, honor, dignidad, virtud, son a sus ojos fantasmas y quimeras que engendra la fiebre de otros nuevos Quijotes. La mano que antes se alzaba solemne para jurar el exterminio de los dioses del día solicita ahora vergonzante a los poderosos que pasan: porque, como el mendigo del poeta, todo lo desprecia, pero todo lo recibe, y el odio que profesa a los hombres respeta y perdona a sus presentes.

Y ahora considere esa porción animosa de nuestra juventud, de cuyo ardor puede y debe esperarse algún remedio, si es ésta su vocación; si el presentimiento de semejante vida era lo que la llevaba en un principio a execrar el espectáculo de nuestra sociedad desdichada y a no confundir su causa con la suya; y si las fastuosas miserias a cuyo oropel sacrifica su destino valen acaso más para la Humanidad y para nuestro tiempo que la oscura servidumbre donde vegeta sin zozobras la medianía. Reverencie hoy la opinión a la fortuna y olvide el merecimiento; la conciencia eternamente y la Historia en su día confundirán en un solo anatema la soberbia de los rebeldes y la bajeza de los que, al decir del Florentino, no fueron rebeldes ni fieles, ma per sé foro; el egoísmo de la pereza y el de la ambición; el de la cobardía y el de la audacia; el del silencio y el del escándalo.

IV

A esta juventud inteligente, activa, enérgica, que quiere vivir, no vegetar, y a quien no arredra la lucha se le ofrecen dos caminos harto diferentes. Comienza el uno en la abdicación de todas las ideas generosas que siente hervir en su espíritu y conduce a la gloria y al éxito. El otro, fiel a esas mismas ideas, lleva las más veces a la oscuridad y casi siempre al infortunio. ¡Y ha de elegir entre ambos! «Nuestra sociedad -ha dicho un pensador- no estima ni alaba sino a los que medran; y si algo respeta aún las virtudes es porque ve en ellas otros tantos medios de prosperar... Quisiera saber si para el que carece de fortuna hay manera honrada de abrirse camino en un país en que todo se vende; necesita intrigar, lisonjear a un partido, ganarse protectores y encomiastas; y para esto tener mala fe, corromper, adular, compartir las pasiones ajenas... desviarse, en fin, del camino derecho. He visto, cierto, a hombres de todas las clases y estados elevarse a encumbradas posiciones; pero me atrevo a decir públicamente que, cualesquiera que hayan sido los elogios prodigados a sus prendas y por más que en determinados casos los mereciesen, no he visto subir a los más honrados sino a expensas de algunas de sus virtudes.»

Dura ley es para la juventud haber de optar entre el mérito y la recompensa, frecuentemente divorciados todavía por la injusticia de la sociedad. Mas culpe del rigor de su suerte, no a la naturaleza humana, cómoda excusa contra toda tentativa de reforma, sino precisamente a la pusilanimidad de sus predecesores. Si éstos no se hubieran apresurado a reverenciar la misma tiranía de que murmuraban, la vida sería hoy harto más grata, la virtud más fácil y menor el sacrificio a cuya divina fecundidad no hay poder que sobrepuje en la tierra. Pero arrojando toda la responsabilidad de sus males sobre un orden de cosas impersonal y anónimo, sin parar mientes en que ellos eran sus más firmes

cimientos; disculpando así su corrupción con la del siglo, y prefiriendo antes aprovecharse del mal que remediarlo, lo arraigaron más y más con su cooperación e impidieron que volviese la vida a su natural y saludable corriente. Se comprende sin dificultad que el camino del sacrificio sólo a costa de inmensos esfuerzos logre la preferencia de nuestra juventud. No ha sido educada para el Calvario, sino para el Capitolio. Desde la infancia ha zumbado ya en sus oídos el rumor de la emulación gloriosa, que nos enseña, como se ha dicho, «a subir y ser en todo los primeros, mientras que la religión y la virtud y el respeto a nuestros semejantes nos mandan ser los últimos». La escuela ahogó en la cuna la libre espontaneidad de su espíritu, la ingenua alegría de su corazón y la originalidad de su carácter, estampando dogmáticamente en su entendimiento nociones y palabras sin sentido para él ni relación con sus hábitos y estado, y modelando a viva fuerza su conducta en el troquel de una rutina arbitraria. Al proseguir su educación ha visto estrecharse más y más su horizonte y apagarse en la indiferencia de los que la rodean, cuando no bajo el peso de su cólera, cada relámpago de luz con que la razón ha intentado protestar en todas las crisis de su vida contra una pedagogía ignorante. De esta suerte dispuesto, enflaquecido el espíritu, nublada la conciencia moral, inculta la razón y sin norte ni freno la fantasía, sale al mundo el joven a hacer presa y halla en todas partes la misma conjuración universal contra el deber. ¡Qué mucho si, volviendo acobardado la espalda a la Naturaleza y el rostro a la prosperidad, ahoga el impulso de su corazón y deja caer como fruto abortivo, falto de madurez y de savia, los puros presentimientos que en más felices días encantaron su ánimo y que agosta la escéptica sonrisa del primer afortunado que pasa!

El estado actual de la enseñanza, privada como las restantes relaciones sociales de casi toda intimidad real y convertida al par de éstas en un oficio exterior y mecánico, que atiende sólo a poblar la memoria o cuando más a aguzar el entendimiento, pero no a formar espíritus rectos y bien sentidos, ayuda eficazmente a tan triste resultado y alimenta un divorcio entre la instrucción y la educación de que no pueden nacer sino los pedantes de nuestras escuelas o los retóricos de nuestra plaza pública. ¡De cuán otro modo serviría a la Humanidad una enseñanza severa que, lejos de prevenir complaciente con la trivialidad de sus conceptos la pereza del espíritu inculto y darle con postizos adornos una apariencia mentirosa, lo removiese en sus entrañas, lo reconciliase consigo y excitase en él la fuente de la libertad moral, mostrándole con la palabra y el ejemplo cada vez más anchos y bellos horizontes! ¡Qué influjo no tendría para dar al mundo hombres sinceros, naturales, sobrios, magnánimos, originales, varoniles, modestos, sanos de cuerpo y de alma, amigos invencibles del bien, enemigos implacables del mal e indiferentes para soportarlo, en vez de estos caracteres falsos y artificiales, crueles y afeminados, consumidos por la fiebre del deseo o por el marasmo de la posesión, soberbios y altaneros en el triunfo, débiles y apocados en la adversidad, y que en sus ideas, sentimientos, propósitos, aspiraciones, conducta y hasta en su rostro y sus maneras llevan estereotipada la indefinida expresión de la vulgaridad con que sella y deprime todas las relaciones el imperio de las modernas mesocracias!

En semejante conflicto, propio para inclinar el ánimo a presagios funestos, hay quien piensa que la enfermedad moral de nuestra juventud es incurable y que todos los sursum corda de los hombres de bien se estrellarán inútilmente contra la dura epidermis de los

Alcibíades del día. ¡Blasfemo de Dios quien tal dice y de las inmortales tendencias de la naturaleza humana! Una edad que cree ya, por fortuna, en la redención del esclavo y en la rehabilitación del asesino no tiene derecho para desesperar de la juventud. Su hora ha llegado apenas, ¿y hemos de sentenciarla a irrevocable ignorancia? La Providencia la trae a la Historia en instante solemne: sea la conciencia de su grave destino el mejor escuela de su fortaleza. Un presentimiento sublime ha despertado ya esta conciencia en sus mejores hijos; ellos saben que asisten al ocaso de toda una civilización; entre sus dudas y vacilaciones jamás esta idea les abandona, junto con el instinto de lo por venir, al cual vuelven para regenerarse cada vez que, rendidos por la fatiga y cediendo al mal ejemplo, decaen del bien entre el aplauso de sus progenitores. Sin duda que es heroica empresa la de vivir en la transición quizá más radical y, profunda que hasta hoy contemplara Europa: asistir a la aparición del nuevo ideal y a los últimos instantes del antiguo, velar con filial respeto por que éste, hallando entre sus consuelos una muerte digna; noble, responda a su misión sin las corrupciones con que la manchan y deshonoran, no la necesidad de los tiempos ni los planes de la Providencia, sino la malicia y perversidad de los hombres. Inmensa responsabilidad pesa sobre nuestra juventud; demás que el camino del bien no suele estar alfombrado de rosas. Deseche, con todo, el miedo, si en la lucha a que el deber la solicita se ayuda con todas sus fuerzas, como la ayudarán, a no dudar, cuantos por ella se interesan viribus et armis, no los que la adulan para que sirva a sus antojos.

En medio de la amargura y ruina de tantas bellas esperanzas, confiemos -¡siquiera para poder vivir!- en que ésta no habrá también de frustrarse. Sólo una condición necesita cumplir la juventud y la victoria es de la Humanidad. Al lema del egoísmo presente, prius fadari quam mori, sustituya el de los hombres de honor: prius mori quam fadari.

1870